

REPRESENTACIONES DE LA NACIÓN EN LA LITERATURA DEL CARIBE DE EXPRESIÓN INGLESA

*Arnaldo Valero
Universidad de los Andes
Venezuela*

Entender al conjunto de naciones que conforman el espacio Caribe como el resultado de un vasto proceso de contacto intercultural condicionado por la dialéctica del amo y del esclavo ha sido uno de los logros más significativos de la antropología en nuestro continente. En atención a este hecho, y con el propósito de comprender los factores que han participado en la consolidación del modelo de nación propuesto por algunos escritores del área, en el presente artículo intentaremos abordar un conjunto de textos considerados por la crítica especializada como hitos de la literatura contemporánea del Caribe de expresión inglesa.

Sacralizaciones

Bien es sabido que la colonización del Caribe exigió a los imperios europeos la actualización, hasta cierto punto radical, de algunas estrategias que Occidente había desarrollado desde el inicio de su carrera expansionista. Concebidas fundamentalmente como colonias de explotación, las islas que formaron parte del imperio británico, durante siglos fueron sometidas a un proceso que contaba con la esclavitud, el racismo y la asimilación como fundamento de su dinámica. Además, como ocurrió con la mayoría de las naciones antillanas, fueron gestadas dentro de un proceso que asumía los valores occidentales como modelo referencial positivo por excelencia. En tales circunstancias, resulta obvio suponer que uno de los pasos fundamentales en el proceso de reconocimiento y afirmación de la nación en oposición al

imperio consistiría en cuestionar el sistema de valores impuestos por los sectores hegemónicos durante el período colonial.

Según Kenneth Ramchand, la consolidación de una narrativa en el Caribe de expresión inglesa fue posible gracias a la apropiación textual de elementos característicos de los sectores populares. Para este importante crítico, la novela *Jane's Career* (1914) de H. G. De Lissler, por tener como heroína a una joven de color, por la incorporación del dialecto de Jamaica y por la descripción que hace de las condiciones de vida de las masas desposeídas de dicha isla, “pertenece en arte y orientación al cánon caribeño” (Ramchand, 1970: 62). Sin embargo, él mismo admite la existencia de cierto distanciamiento irónico del autor de *Jane's Career* con respecto a la realidad que pretende representar. En consecuencia, no logra observarse en el texto, como en ninguna de las novelas posteriores de H. G. De Lissler, la incorporación, desde una perspectiva más acorde con las exigencias del momento, de otros elementos del imaginario afroantillano. Al parecer, fue necesario que en el sector ilustrado hiciera efecto la política de concientización racial emprendida por Marcus Garvey para que el canon literario del área que nos ocupa llegara a diferenciarse con mayor firmeza del metropolitano. Por esta razón, es probable que las primeras manifestaciones estéticas de indiscutible raigambre antillana coincidan con lo que los antropólogos han catalogado, dentro de los procesos de contacto intercultural, como etapa *reivindicadora*, período que, según Fernando Ortiz, se distingue porque los miembros de las culturas subordinadas “va(n) dignamente recuperando su dominio y el aprecio de sí misma(s). Ya no reniega(n) de su raza ni de sus matices, ni se abochorna(n) de sus tradiciones, de los valores supervivientes de su ancestral cultura” (Ortiz, 1973: 187-188).

Novelas como *In the Castle of My Skin* (1953) y *Black Midas* (1958) podrían ser considerados como los frutos más representativos de la incidencia que tuvo, hacia mediados de siglo, este proceso de concientización racial en el Caribe de expresión inglesa. La novela de George Lamming, por ejemplo, podría ser interpretada como una recuperación discursiva de la real o noble naturaleza racial del autor. Toda la connotación lírica que posee este texto desde el título mismo está condicionada por ese deslumbramiento y maravilla que genera el reconocimiento racial. Al parecer, en esta etapa del proceso de contacto intercultural ningún tipo novelesco resulta más adecuado que la novela de formación. Eso inferimos al observar que tanto la *opera prima* de George Lamming como la de Jan Carew encajarían dentro de lo que Lukács definiera

como *bildungsroman*. En ambos textos es narrada, en primera persona, la historia de personajes de ascendencia africana y de extracción popular que, a pesar de las adversas condiciones del medio, logran alcanzar las metas que se habían propuesto. La trayectoria de “G” como la de Aron Smart coinciden al tener como punto culminante su reconocimiento como miembros de la comunidad antillana. Implícitamente los autores de estas novelas proponen a “G” y a Aron Smart como modelos referenciales positivos (E, inclusive, llegan a ser magnificados como ocurre con “Shark” en *Black Midas*). En ambos textos está planteada, además, una de las constantes temáticas que definirá gran parte de la producción discursiva del área durante el presente siglo. Nos referimos a la tendencia a presentar el sentido de pertenencia al pueblo como el más sublime de los sentimientos. Ya no es el amor, ni la amistad, ni la reflexión en torno a la fragilidad de la existencia los temas que obsesionan o que se erigen como cumbres en esta novelística¹. Como vemos, estamos hablando de una literatura edificante, es decir, de un quehacer discursivo que tiene como norte enaltecer los valores de los sectores que, según el autor, constituyen la médula de la cultura antillana.

Hasta cierto punto esta propuesta resulta lícita. Sin embargo, desde esta perspectiva, ¿cómo podría ser catalogada la producción discursiva de escritores como Jean Rhys? ¿Es acaso aceptable el señalamiento de Brathwaite, según el cual esta escritora, y muchos otros no afroantillanos, tienen en su haber una producción que, desde su particular punto de vista, encuentra marginal y carente de voz propia? (Brathwaite, 1977: 154)².

Ante esta tesis debemos recordar que no fue *uno* el tipo étnico que participó en la consolidación de las naciones que conforman el espacio Caribe. En consecuencia, la tendencia a identificar los valores de la cultura antillana exclusivamente con las contribuciones realizadas por las comunidades de ascendencia africana conducía a una especie de fundamentalismo étnico. Reformular las bases de tales planteamientos sería la principal preocupación de aquellos intelectuales pertenecientes a esos sectores arbitrariamente catalogados como marginales.

Creemos que es eso lo que realiza V. S. Naipaul. En novelas como *The Mimic Men* (1967) advierte cómo los derroteros de la política republicana pueden ser falsificados al ser concebidos en función de condicionamientos raciales. El autor de *The Mimic Men* sabe perfectamente que son las instituciones las que definen el perfil de las sociedades; éstas y sus integrantes

deben ser construidos por la política y por la ley. Implícitamente sostiene que los ideólogos o políticos antillanos están condenando al fracaso social a las jóvenes repúblicas al apelar a la etnicidad. En esta novela es entregado el retrato de una sociedad que ha fundamentado su política nacionalista en la apelación étnica, esto es, que no posee una orientación cultural y social modernizadora sino reaccionaria.

Desafortunadamente Naipaul es un escritor algo subestimado por la crítica. En su contra suele argumentarse que sus textos presentan cierta óptica neo-colonialista. En cierta medida es así; su visión del mundo es tributaria de un conjunto de representaciones sobre el orden colonial cuya legitimidad se ampara en el aura de prestigio y autoridad incondicionalmente otorgada durante siglos a la literatura inglesa y que en el fondo obedecen a las exigencias ideológicas de los imperios europeos. Para Naipaul la literatura es un espacio ajeno y una de las estrategias para aprehenderlo, desde la periferia, es acatando ciertas pautas. En todo caso resultaría deshonesto desconocer que algunos diagnósticos realizados por los personajes de Naipaul son de una exactitud abrumadora (Bastaría, por ejemplo, con leer *A Bend in the River* (1979) para explicarse los sucesos recientemente acaecidos en el Congo donde la pretensión republicana de liquidar, sin resolver, ciertos problemas ha conducido al país a una situación insostenible). Volviendo al tema que nos interesa, consideramos que si en la producción de V. S. Naipaul no conseguimos el optimismo afirmativo que permea, por ejemplo, a *In the Castle of my Skin* eso obedece fundamentalmente a que en el proyecto estético de los escritores afroantillanos mencionados no había sido contemplada la incorporación, en términos de igualdad, de sujetos de filiación diversa ... obviamente, Naipaul entraría en ese grupo de excluidos. El modelo narrativo que se había constituido como paradigma por excelencia de la narrativa del Caribe de expresión inglesa, adolecía por no tener entre sus preocupaciones generar un espacio ideológico donde, al mismo tiempo, fueran respetadas la diversidad de culturas y la universalidad de los derechos fundamentales.

La posición de Naipaul con respecto a este asunto es planteada explícitamente en la crónica dedicada al *Black Power* en Trinidad:

In a place like Trinidad, racial redemption is as irrelevant for the Negro as for everybody else. It obscures the problems of a small independent country with a lopsided economy, the problems of a fully "consumer" society that is yet technologically untrained

and without the intellectual means to comprehend the deficiency. It perpetuates the negative, colonial politics of protest. It is, in the end, a deep corruption: a wish to be granted a dispensation from the pains of development, an almost religious conviction that oppression can be turned into an asset, race into money. While the dream of redemption lasts, Negroes will continue to exist only that someone might be their leader. Redemption requires a redeemer; and a redeemer, in these circumstances, cannot but end like the Emperor Jones: contemptuous of the people he leads, and no less a victim, seeking an illusory personal emancipation. In Trinidad, as in every black West Indian island, the too easily awakened sense of oppression and the theory of the enemy point to the desert of Haiti. (Naipaul: 1981,74-75)

La alusión a Haití conduce a una reflexión inevitable: fue precisamente la radicalización de la concientización racial lo que condujo y mantuvo al temible François Duvalier en el poder. La tesis implícita en los textos de Naipaul es que la nación imaginada en los modelos narrativos que reivindican la raza se caracteriza por circunscribirse a un tipo de relación apoyada en lazos y formas de autoridad natural, esto es, a una especie de *filiación por instinto* perteneciente, en cierta medida, al dominio de lo natural. La cancelación de este modelo supondría la búsqueda de un orden compensatorio, establecido gracias a un tipo de relación afiliativa fundada mediante la obtención de lazos o vínculos transpersonales, racionales, conscientemente elegidos, en fin, un tipo de sociedad que, al parecer, no había sido imaginado por los predecesores de Naipaul.

Desacralizaciones

Según Edouard Glissant, uno de los grandes desafíos que deben asumir las literaturas de las naciones emancipadas durante el presente siglo es el de abarcar, en un período indudablemente corto, todas las etapas que las literaturas de Occidente han abarcado desde hace más de 2.000 años. Deben cumplir una doble misión: en primer lugar deben dar cabida a los mitos que convocan al pueblo, aquellos en los que éste se reconoce; esa sería la misión *sacralizadora*. Mas, al mismo tiempo deben dar muestras de madurez, de modernidad; esa sería la función *desacralizadora* (Glissant, 1981:190-193). La contundente ironía de Naipaul podría ser tomada como una manifestación

de esa segunda tendencia puesto que con sus textos asistimos a posibilidades aún remotas en los narradores precedentes; él introduce la negatividad en el horizonte simbólico de la literatura del Caribe de habla inglesa.

Sin embargo, ciertas representaciones de la realidad antillana realizadas por Naipaul parecen trascender inquietudes estéticas para instalarse plenamente en posiciones ideológicas sumamente polémicas. En *Los simuladores* (1967), por ejemplo, el desarraigo y la inestabilidad del poder son entendidos como consecuencias de la incapacidad, por parte de los líderes de las repúblicas independizadas tras la Segunda Guerra Mundial, de resolver los conflictos propios de los escenarios multiétnicos. Este texto resulta clave en el proceso que hemos procurado comprender pues, como vemos, no participa en la celebración incondicional de los sectores populares sino que opta por reparar en un aspecto tan importante como relegado por los escritores del área que nos ocupa: la competencia para afrontar y resolver los problemas socio-políticos que surgirán una vez obtenida la independencia; máxime cuando la visión del mundo de esos potenciales guías de la república ha sido vulnerada por versiones racializadas del discurso populista:

Ha ocurrido en veinte lugares, veinte países, islas, colonias, territorios: estas palabras con las que jugamos, creyendo que son intercambiables y que el empleo de una determinada altera la verdad. No puedo decir que nuestra situación fuese única. Incluso hoy día los periódicos describen situaciones en las que, cambiando rostros y paisajes, me veo a mí mismo. Hablan de la velocidad del cambio político de la posguerra. No es la velocidad de la creación. Tampoco es la velocidad de la destrucción, como piensan algunos. Ambas cosas requieren tiempo. La velocidad de los acontecimientos, tal como la veo yo, no es más que la velocidad del caos sobre la que se han impuesto límites estrictos. Hablo, por supuesto de territorios como Isabella, dejados a la deriva y, pese a ello, no totalmente abandonados, donde este caos controlado acaba aproximándose, después de los discursos embriagadores y las deportaciones simbólicas, a un orden continuo. Todo el caos reside dentro. (Naipaul, 1984:195-196)

Son muchas las obras de Naipaul en las cuales pueden detectarse los indicios de esos factores que originan el caos. Uno de ellos ha dado origen a lo que es una especie de obsesión en la obra de este escritor: la imposibilidad

que tienen los sujetos de diversa procedencia étnica de emprender una relación que conduzca a la armonía. La historia contemporánea parece confirmar sus temores. Precisamente uno de los problemas más graves que han debido afrontar las naciones de Europa del Este tras la disolución del bloque soviético es la imposibilidad que tienen diversas etnias de aceptar y respetar incondicionalmente los términos de un contrato social:

La Europa del este es mucho peor que cualquier parte del Africa. Un país como Hungría tenía un auténtico gobierno comunista; lo han abandonado y ahora están al borde del conflicto étnico. Y nadie dice que ellos sean bárbaros y salvajes (Naipaul, 1995:381).

Con este lapidario balance, realizado por el antiguo asesor de un gobierno comunista africano, cierra Naipaul el último de sus libros; confirmando así la vigencia de un problema que tal vez haya tenido en la desafortunada unión entre Dido y Eneas su primera representación simbólica³.

Volviendo a lo que es nuestro tópico de interés central tenemos que, a lo largo del proceso de representación de la nación antillana, el tipo novelesco que había propuesto al *self-made man* afroantillano como paradigma de la nación imaginada se convirtió en lo que Genette define como “modelo de competencia genérica”. Para quienes no comulgaran con las tesis implícitas en dicho modelo narrativo resultaba imprescindible la estilización paródica como estrategia. Probablemente, sea *Una vida* (1978) el texto que realice la ruptura con respecto a la tendencia precedente. Eso suponemos al observar en esta novela cierto distanciamiento con respecto a textos como *In the Castle of My Skin* y *Black Midas*. Aparentemente, a nivel diegético, es asumido el modelo propuesto en estas dos novelas. Mas, en principio, cierto distanciamiento entre el narrador y el personaje marcarían la diferencia. En *Una vida* conseguimos suficientes elementos que permiten inferir que se trata de una estilización paródica de la paradigmática novela de formación antillana. Cabría mencionar, para confirmar esta tesis, las caracterizaciones físicas de los personajes, la incapacidad de éstos para comprender las causas reales de sus problemas, las quijotescas aspiraciones de Willie de enriquecerse haciendo de *porknocker* el la selva amazónica (¿a imagen y semejanza del héroe de *Black Midas*?), la incorporación de personajes que guardan un vínculo con figuras mistificadas del imaginario antillano como Marcus Garvey con el propósito de cuestionar los fundamentos ideológicos de sus propuestas (como ocurre en el Capítulo III en el cual Martin Harvey -¿Acaso no es sugerente el

parecido de este nombre con el del Moisés Negro?- expone los principios de su proyecto emancipador de los hijos de Cam) y, para no extender el presente inventario, el gusto del autor por lo grotesco y lo escatológico.

Como vemos, en el caso de *Una vida* la propuesta no es edificante, esto es, el autor no persigue contribuir con el enriquecimiento ético del lector, quien es expuesto a un texto regido por un principio de negatividad. Ninguno de los aspectos recientemente señalados están presentes en las novelas anteriores. Asimismo, al ser parodiado el modelo de competencia genérica también se está desacralizando la idea de nación en él implícito. La propuesta de Richmond supone que los mitos que convocaron originalmente la nación antillana deben ser desacralizados, probablemente con el propósito de dar cabida a los sujetos que no podían reconocerse en esos metarrelatos originarios.

Resulta bastante significativo que los textos en los que es cuestionado el modo como había sido representada la nación sean propuestas de intelectuales pertenecientes a repúblicas de innegable carácter multiracial y a comunidades no contempladas en los proyectos estético-ideológicos de los escritores afroantillanos. Ciertamente, son V. S. Naipaul y Angus Richmond descendientes de los hindúes que hacia mediados del siglo XIX llegaron a las Antillas, principalmente a Trinidad y a Guyana, en condición de siervos escriturados, para reemplazar a los negros libertos en el régimen productivo de la plantación y que por mucho tiempo no llegaron a vincularse a los sectores ilustrados⁴. Por consiguiente, a Naipaul deberíamos reconocerle el mérito indiscutible de haber ofrecido una radiografía del proceso seguido por los ideólogos de las repúblicas antillanas. Entre otras cosas, Naipaul desenmascara lo que tiene de hipócrita y populista la ideología del Black Power en un área donde los descendientes de africanos no son minoría. El formuló el diagnóstico. Mas la posibilidad de una solución aún no está sugerida en su narrativa.

Pero... ¿Cómo afrontar esta problemática? ¿En qué términos prometerse la posibilidad del horizonte nacional? Resulta interesante observar que no ha sido éste un dilema exclusivo de las antiguas colonias británicas. Esta interrogante ha sido una constante en el pensamiento republicano antillano. Por esta razón a lo largo del presente siglo han sido formuladas algunas propuestas concretas como lo son, por ejemplo, las políticas desarrolladas hacia la década del '20 por la avanzada intelectual cubana. Así, por ejemplo, en una conferencia leída en España en noviembre de 1929 el antropólogo cubano Fernando Ortiz señalaba lo urgente y necesario que resultaba sustituir

la categoría de raza por la de cultura a la hora de hablar de la compleja realidad americana. Advertía Ortiz que la apelación racial resultaba particularmente disgregadora y reaccionaria para cualquier nación del mundo.

Conciliaciones

Resulta interesante observar que en el Caribe de expresión inglesa ha sido un poeta quien ha aceptado el reto de configurar un espacio discursivo donde no sea perseguida con exclusividad la celebración de la condición racial. En *Omeros* (1990), poema épico estructurado sobre un sentido isabelino del lenguaje, son convocados magistralmente los mitos que por siglos han identificado a los pueblos que han participado en la formación de las naciones antillanas. En efecto, en *Omeros*, el motivo del descenso al Averno y ciertas concepciones que alentaron a los esclavos, como la creencia de que al morir retornarían al Africa, dejan de ser incopatibles para redimensionar su magnitud simbólica. Es posible apreciar en este texto la culminación de esa búsqueda que ha condicionado algunos proyectos narrativos en el Caribe de expresión inglesa. *Omeros* es, sin lugar a dudas, el logro de un pagano iluminado que ha reconocido, en la tolerancia y la aceptación de la diferencia, el principio fundador de las naciones. Desde una perspectiva antropológica, *Omeros* representaría cabalmente el concepto de nación posible en el contexto de la fase *integrativa*:

donde las culturas se han fundido, y el conflicto ha cesado, dando paso a un tertium quid, a una tercera entidad y cultura, a una comunidad nueva y culturalmente integrada, donde los factores meramente raciales han perdido su malicia disociadora (Ortiz, 1973:188).

El profundo amor de Walcott por su pueblo no se eleva sobre el desconocimiento de los diversos reparos hechos por Naipaul; al contrario, si en algo resulta admirable la manera como el rapsoda de las Antillas concibe el horizonte nacional, es precisamente en la manifiesta capacidad de superar dialécticamente tan contundente conjunto de observaciones. El nivel de la polémica que han sostenido estos dos escritores a través de sus textos es admirable. Un ejemplo perfecto de este hecho lo constituye las posiciones que ambos han asumido con respecto al paisaje. Así, por ejemplo, para el narrador de los simuladores el paisaje de Isabella, su isla natal,

estaba tan manufacturado como cualquiera de los magníficos parques franceses o ingleses. Pero caminábamos en un jardín del infierno, entre árboles, algunos todavía sin nombre popular, cuyas semillas a veces habían llegado a nuestra isla en los intestinos de los esclavos. (Naipaul, 1984: 149)

Según Derek Walcott, quienes han asumido esta perspectiva, viajeros pertenecientes a la misma genealogía de Froude y Conrad, llevan consigo “la infección de su propio malestar, y su prosa incluso [reduce]el paisaje a melancolía y desprecio de uno mismo” (Walcott, 1993: 8) Por esta razón, el autor de *Omeros* prefiere ver en el paisaje uno de los componentes más valiosos del patrimonio cultural antillano porque ofrece la posibilidad de hacer del poeta una criatura semejante a Adán y de los pueblos que conforman el archipiélago comunidades con el mismo futuro que tenían aquellas que hace tres milenios habitaban las islas del Mediterráneo.

coda

El lenguaje es una institución, el instrumento que posibilita la integración entre los miembros de una comunidad. En él cobran forma los principios éticos, sociales y estéticos de los pueblos. Por su parte, la literatura es la máxima expresión del lenguaje como institución y ofrece la posibilidad de configurar espacios donde ciertos elementos pueden coexistir en la indiferencia o en perfecta armonía para multiplicar sus posibilidades de significación. No debe extrañarnos, entonces, que haya sido desde la literatura que se haya querido ofrecer propuestas para la fundación de la nación. A fin de cuentas se trata de una de las más antiguas, universales e integradoras de las instituciones con las que cuenta la humanidad.

Notas:

- 1 Es tal la importancia que ejerce este principio sobre el imaginario antillano, que en el libro séptimo de *Omeros* (1990), el padre de la poesía épica, sentencia: “Love is good, but the love for your own people is greater” (Walcott, 1994:388). Esto es, incluso en las producciones de quien es considerado el más universal de los escritores antillanos, la entrega incondicional al pueblo es concebida como la más sublime de las experiencias posibles.

- 2 Esta tendencia a concebir la literatura del Caribe en función su vinculación *exclusiva y fundamental* con un proceso de exploración y aprovechamiento de los elementos culturales de los sectores populares de ascendencia africana es comprensible; basta con recordar lo que, al respecto, señalaba C.L.R. James en la segunda edición de *The Black Jacobins*, aparecida en 1962: "Africa in the West Indies would seem to have been evoked by an empirical need and accidental circumstance. It was not so (...) the role of Africa in the consciousness of the West Indies people had proved itself to be a stage in the development of the West Indian quest for and national identity" (James, 1989: 395-396).

Sin embargo, es preciso señalar que uno de los aspectos más significativos en algunos procesos de formación de las literaturas nacionales es el modo de representación del espacio. En este sentido, es notable la apropiación del espacio antillano efectuada por Antoinette Cosway en *Wide Sargasso Sea* (1966). Las descripciones que realiza esta narradora de la vegetación de Coulibri son equiparables a las realizadas por el sujeto lírico de "Pour fêter une enfance". La magnitud y la legitimidad de la identificación que alcanza Antoinette con dicho espacio son inobjectables

Desde cierta perspectiva, este hecho podría manifestar cierta nostalgia por el sistema de privilegios que disfrutaron los plantadores antes de la abolición de la esclavitud. Por esta razón encuentro legítimo señalar que otro de los aspectos dignos de atención que ofrece la voz narrativa de Antoinette consiste en su capacidad de abarcar el futuro gracias a lo que parece ser una especie de desplazamiento onírico. No olvidemos, por ejemplo, la carga de premonición contenidas en sus recurrentes pesadillas. Gracias a éstas el lector puede asistir al trágico fin de Antoinette. Mas esta posibilidad no es ejercida conscientemente, responde más bien al carácter particularmente sensible e intuitivo del personaje. El transcurso de la narración confirma el acierto de esta extraña y particular manera de aprehender la realidad. Como narradora, Antoinette es una especie de Casandra. De la interpretación de su último sueño se desprende que, al saltar de la torre, volverá a Coulibri. En *Jane Eyre* la quema de Thornfield Hall es presentada por Rochester como la trágica acción de una desquiciada, con *Wide Sargasso Sea* dicho acontecimiento exige ser interpretado a la luz de aquella creencia antillana según la cual la muerte es el umbral del camino que conduce a la tierra de los ancestros. ¿Acaso no resulta significativo que sean las Antillas, y no otro, el espacio que la «profética» Antoinette vislumbra en la antesala a su muerte?. No sería éste un excelente argumento para corroborar el carácter decididamente

antillano de este texto ante quienes sostienen que Rhys debería ser incluida en un grupo de escritores blancos “marginales” y “carentes de voz propia”.

- 3 Resultan admirables, pero comprensibles, las connotaciones políticas que adquieren las representaciones de lo erótico amoroso en este contexto. Naipaul ha tratado de representar el grave nivel de incomunicación entre las diferencias humanas mediante la figura del matrimonio mixto. Además, según este lúcido escritor, en los escenarios sin idioma, los sujetos se convierten en su sexualidad, en consecuencia, el otro es aceptado en la medida que genere deseo
- 4 Bien es sabido que, una vez decretada la abolición de la esclavitud, para la mayoría de los miembros de las comunidades negras la educación representó la principal alternativa de ascenso social. Como resultado de este hecho tenemos que progresivamente los descendientes de esclavos fueron desempeñando un rol cada vez más importante en la administración colonial. Este proceso permitió la formación de un sector ilustrado, asimilado, obviamente, a los valores de la metrópoli. Mientras tanto, los descendientes de las comunidades asiáticas que fueron incorporados originalmente en condición de siervos escriturados vieron en la vida rural la mejor alternativa para preservar su cultura. No es sino muy tardíamente que miembros de estas comunidades se incorporan al circuito educativo de países como Trinidad y Guyana. Un ejemplo estupendo de la renuencia de estas comunidades de permitir el acceso de sus miembros al sistema educativo colonial lo constituye el relato “Cane is bitter” de Samuel Selvon.

La aparición de voces como las de Selvon, los hermanos Naipaul, Richmond, Rajkumarie Singh, Sheik M. Sadeek, Cyril Dabydeen, y un significativo etc. es el resultado de un cambio con respecto a esa orientación originalmente asumida por la comunidad de origen asiático.

Bibliografía:

- BRATHWAITE, Edward Kamau (1977). “Presencia africana en la literatura del Caribe” en: *Africa en América Latina*. México, UNESCO-siglo XXI.
- CAREW, Jan (1982). *Midas Negro* / Prólogo: Samuel Goldberg.- La Habana, Casa de las Américas.
- GLISSANT, Edouard (1981). *Le discours antillais*. Paris, Editions du Seuil.

- JAMES, C.L.R. (1989). *The Black Jacobins. Toussaint L'Ouverture and the San Domingo Revolution*. New York, Vintage Books.
- LAMMING, George (1988). *In the Castle of My Skin*. Essex, Longman.
- NAIPAUL, V. S. (1981). *The Return of Eva Perón with the Killings in Trinidad*. New York, Vintage Books.
- _____ (1984). *Los simuladores*. Barcelona (España) , Seix Barral.
- _____ (1995). *Un camino en el mundo*. Barcelona (España), Círculo de Lectores.
- ORTIZ, Fernando (1973). *Órbita de Fernando Ortiz*. La Habana, Unión de Escritores y artistas de Cuba.
- RAMCHAND, Kenneth (1970). *The West Indian Novel and its background*. London, Faber and Faber.
- RHYS, Jean (1992). *Wide Sargasso Sea*. New York, W.W. Norton & Company Inc.
- RICHMOND, Angus (1979). *Una vida*. La Habana, Casa de Las Américas.
- SERBIN, Andrés (1987). *Etnicidad clase y nación en la cultura política del Caribe de habla inglesa*. Caracas, Academia Nacional de la Historia.
- _____ (sf) *Nacionalismo, etnicidad y política en la República Cooperativa de Guyana*. Caracas, Bruguera.
- WALCOTT, Derek (1994). *Omeros*. Barcelona, Anagrama.
- _____ (1993). "Las Antillas. Fragmentos de una conmemoración épica". *Letra Internacional* N°29. Madrid.

